

CANTO SÉPTIMO

ARGUMENTO.—Erminia fugitiva es acogida por un pastor. Tancredo, después de haberla buscado inútilmente, cae en los lazos de Armida. Raimundo entra en la liza para reprimir las injuriosas provocaciones de Argante. Un ángel le defiende, y Belcebut, que ve la loca temeridad del Circasiano, excita para salvarle una batalla y conjura en su favor los elementos.

I

En tanto á Erminia entre la estirpe umbría
de antigua selva arrastra medio muerta
el ardiente corcel: la mano fría,
trémula, el freno á gobernar no acierta,
y corre el bruto tan revuelta vía,
barranco y bosque y soledad desierta,
que de la vista al fin desaparece
y de no ser seguido se envanece.

II

Como tras larga caza y fatigosa
tristes vuelven los canes, que la fiera
y su huella perdieron en la hojosa
selva donde á esconderse entró ligera;
tal de rabia encendida y vergonzosa,
tórñase atrás la escuadra aventurera.
Erminia corre, y corre, y pavorida
ni se vuelve á mirar si aun es seguida.

III

Toda la noche huyó, y el día entero
sin consejo ni luz vagando estuvo,
y á su llanto y gemido lastimero
sólo respuesta de los ecos tuvo;
mas cuando el sol al lecho placentero
del mar tranquilo á sumergirse anduvo,
llega á las ondas claras con que brilla
puro el Jordán, y párase en su orilla.

IV

Alimento no prueba, y sed la abruma
de llanto que verter quiere á raudales,
cuando el sueño, que halaga y que perfuma
las horas de los míseros mortales,
sobre ella al extender su blanda pluma,
con sus potencias adurmió sus males;
mas ni así deja el amoroso empeño
con vagas formas de agitar su sueño.

V

No despertóse hasta que oyó á las aves
ledas cantar del día los albores,
y el són del río, y los vagidos suaves
del aire entre las aguas y las flores.
Alza la faz y ven sus ojos graves
solitarios albergues de pastores,
y oye salir de entre movida rama
voz que al llanto y suspiros la reclama.

VI

Pero son, mientras llora, sus lamentos
por el eco turbados que resuena
de sencillos y rústicos acentos
juntos al són de pastoril avena.
Encamina hacia allí sus pasos lentos,
y halla un anciano, que á la sombra amena,
juncia cabe el rebaño está enlazando
el cantar de tres niños escuchando.

VII

Tiemblan ellos mirando de repente
de las bruñidas armas el destello;
mas los saluda Erminia, y mansamente
les descubre la faz y áureo cabello.
«Seguid, les dice, venturosa gente
y al cielo cara, vuestro asunto bello;
que á turbar estas armas el encanto
no vienen, no, de vuestro dulce canto.

VIII

»Mas ¡oh padre! decidme: hoy que al amago
de muerte y destrucción gime esta tierra,
¿cómo lleváis la vida en dulce halago
y el militar arrojo no os aterra?»
«Hijo mío, responde, del estrago
siempre vi libre de la infanda guerra
mi familia y ganados, y á esta parte
nunca el ruido llegó del fiero Marte.

IX

»Ó celeste merced, que la pobreza
de inocente pastor guarda y sublima,
ó que tal como el rayo en su grandeza
no da en el llano sino en alta cima,
así de las espadas la fiereza
sucede que á los reyes sólo oprima:
al soldado del robo la impia gula
en nuestra humilde choza no estimula:

X

»Humilde á muchos, para mí tan cara;
pues no ansío poder ni cofre lleno;
ni la ambición ni la inquietud avara
turban la paz de mi tranquilo seno.
Dulce apaga mi sed la fuente clara,
que no temo me turben con veneno,
y manjar, cuyo pago no da priesa,
dan mi huerto y rebaño á parca mesa.

XI

»Le sobra á nuestra vida breve tasa,
y poco afán del porvenir conservo.
Guardas del ható son y de mi casa
estos hijos que ves: no tengo siervo.
Así en olvido mi existencia pasa
viendo al toro pacer, saltar al ciervo,
y los pintados peces de este río,
y el pájaro que habita el bosque umbrío.

XII

»Tiempo fué ya que á la virtud rehacio,
de ciega juventud me hallé impelido,
y de una aldea desdeñé el espacio,
y el campo abandoné do fuí nacido.
Yo vi á Menfis un día, y en palacio
de los altos ministros uno he sido.
Yo desde humilde condición pastora
bien conocí la corte engañadora.

XIII

»Ardiente de ambiciosa calentura,
sufrí por mucho sin igual tormento;
mas cuando luego con la edad madura
apagóse el hinchado atrevimiento,
esta paz recordé y esta ventura;
pensé en mi antiguo pastoril contento,
y dije: ¡oh corte, adiós!, y en el nativo
bosque de entonces venturoso vivo.»

XIV

Mientras así razona, Erminia pende
de su elocuente labio muda y quieta,
y aquel decir que al corazón descende
de sus pasiones la borrasca aquieta.
Tras largo meditar, al fin entiende
que debe en esta soledad secreta
morar hasta que traza muestre alguna
de volverla á su rango la fortuna.

XV

Y dice al viejo así: «Mortal dichoso
que ya del infortunio hiciste prueba,
por el cielo contigo tan piadoso,
que mi desdicha á la piedad te mueva:
en tu albergue me acoge delicioso,
y á su centro pacífico me lleva.
De estos bosques tal vez el embeleso
de tamaño dolor me alivie el peso.

XVI

»Que si oro y joyas, que idolatra amigo
el vulgo de los hombres, tú buscares,
bien podrías, que aun tanto va conmigo,
satisfacer el ansia que probares.»
Aquí vertiendo, y el pastor testigo,
de llanto amargo cristalinos mares,
parte le cuenta de su mal, y en tanto,
compadecido aquél, llora á su llanto.

XVII

Después la acoge y en su bien se afana,
todo encendido de paterno celo,
y la guía á do está la esposa anciana,
que de conforme sér le ha dado el cielo.
La rapaza real de tosca lana
vístese y ciñe ya rústico velo;
mas su mirar, su marcha, todo grita:
no es esa, no, la que en el bosque habita;

XVIII

Pues no en el traje rústico se empaña
la gala y esplendor que en ella luce;
que hasta en la humilde ocupación y extraña
su altivo aspecto y dignidad trasluce.
Ya el hato guía y con la pobre caña
del redil al encierro le conduce;
ya las vellosas ubres ruda exprime,
ó el cuajado licor prensa y oprime.

XIX

¡Cuántas veces huyendo su manada
estuvo ardor del bosque en la maleza,
la cifra de su bien dejó estampada
del laurel y el aliso en la corteza!
¡Cuántas grabó también de su pasada
desdicha y sus amores la tristeza,
y al releer después su propio escrito,
suave el árbol regó llanto infinito!

XX

Y llorando exclamaba: «En vuestro seno
esta, oh troncos, guardad doliente historia,
con que si un día á vuestro asilo ameno
llega quien de infeliz busque la gloria,
sienta su corazón de piedad lleno
de mi largo sufrir con la memoria,
y diga: ¡Ay, crudo premio, paga esquivas
dieron suerte y amor á fe tan viva!

XXI

»Quizá sea, si al cielo no le insulta
ruego de una mujer tan abatida,
que algún día á esta selva llegue inculta
aquel que hoy de mi duelo no se cuida,
y los ojos volviendo á do sepulta
yacerá mi ceniza no querida,
á mis males dará (¡premio tardío!)
lágrimas breves junto al mármol frío.

XXII

»¡Halague así al espíritu la muerte,
ya que al cuerpo la vida fué traidora,
y mi mortal despojo de esta suerte
goce lo que gozar no puede ahora!»
Esto Erminia le dice al tronco inerte,
y largos ríos de sus ojos llora.
Lejos de ella Tancredo, en tanto apura
por toparla el caballo á la ventura.

XXIII

El rastro sigue pues de la princesa
y al solitario bosque se avecina;
mas aquí ya la sombra tan espesa
entre las plantas hórridas declina,
que al fin no llega á ver la huella impresa,
y ya al azar sin dirección camina,
poniendo sólo con afán su oído
por si oye de las armas el sonido.

XXIV

Y si pájaro ó fiera mueve alguna
 piedra ó planta al pasar, ó el aire azota
 tierna rama que cruje inoportuna,
 presto al ligero són rápido trota.
 Sale del bosque al fin, y de la luna
 le conduce el fulgor por senda ignota
 hasta el alto lugar de que salía
 un eco sordo que lejano oía.

XXV

Llega do ve brotar de viva roca
 de cristalinas aguas copia suma,
 que trocada en torrente, abajo toca
 con pie sonoro entre verdor y espuma.
 Allí su paso dolorido apoca,
 grita, y sus gritos la cascada abruma,
 y en tanto mira la serena frente
 salir del alba por el rojo Oriente.

XXVI

Al cielo mismo en su furor se encara,
 que el consentido bien cambia en tristura,
 y allí, si ofenden á su prenda cara,
 implacable y feroz venganza jura,
 y á tornarse á su campo se prepara,
 aunque hallar el camino no asegura;
 pues recuerda es cercano el sol prescripto
 que al guerrero vencer debe de Egipto.

XXVII

Parte, y al recorrer torcida calle,
 oye un trote sonar que siempre avanza,
 y por fin ve salir de angosto valle
 jinete de correo á semejanza.
 Mueve flexible látigo y al talle
 ciñe el cuerno, de etruscos á la usanza.
 Á él demanda Tancredo cual camino
 al campamento lleva del latino.

XXVIII

Y responde el itálico: «Allá guío
 mis pasos, de Boemundo mensajero.»
 Tancredo sigue al nuncio del gran tío,
 sin recelarse del engaño artero;
 y en el punto que el sol al lecho frío
 la cuadriga inmortal lanza ligero,
 llegan al fin do perezoso y vago
 ciñe á un alto castillo inmundo lago.

XXIX

Suena el correo el cuerno á su llegada,
 y el puente ya abatido le responde.
 «Si eres latino, dice, esta morada
 te acogerá mientras la luz se esconde,
 que aun no son cuatro días vió ganada
 á los paganos de Cosencia el conde.»
 Mira el guerrero la almenada altura,
 por arte inexpugnable y por natura.

XXX

Después recela que lugar tan fuerte
 en su seno intención cubra siniestra;
 mas probado á los riesgos de la muerte,
 ni cambia el rostro ni temor demuestra,
 y á do le lleve el ánimo ó la suerte
 seguro piensa que le hará su diestra;
 mas el deber que de otra lid ya tiene
 para nuevas empresas le contiene.

XXXI

Así al pie del castillo y en un prado,
 do el corvo puente se dilata y posa,
 se pára el paladín, y aunque invitado,
 no sigue á su pareja artificiosa.
 En tanto al puente un caballero armado
 con faz se asoma fiera y desdeñosa,
 y en la diestra el acero ya desnudo,
 dice con eco amenazante y crudo:

XXXII

«¡Oh tú, á quien hora la fortuna brinde
 ó tú querer con la mansión de Armida!
 No pienses ya fugir: las armas rinde,
 y dá á su yugo la cerviz vencida.
 Traspasa pues la coronada linde;
 su ley escucha y de observarla cuida.
 Por rugosa la faz, blanco el cabello,
 nunca esperes ya ver el astro bello;

XXXIII

»Ó aquí nos jura, cual su grey prolija,
 contra todo campeón lidiar cristiano.»
 Á aquel hablar, Tancredo en él se fija
 y voz y armas conoce del villano.
 Es Rambaldo el gascón, á quien aguija
 ímpio amor por Armida; el que pagano
 por ella es hoy, y en mantener se emplea
 la que se guarda allí costumbre rea.

XXXIV

De santo enojo el rostro del guerrero
 se tiñe, y le responde: «Alma traidora,
 yo soy aquel Tancredo que el acero
 esgrimí siempre por el Dios que adora,
 y en su nombre ha vencido al trace fiero,
 cual ejemplo serás tú mismo ahora;
 que la celeste cólera hoy te alcanza
 por esta mano electa á la venganza.»

XXXV

Túrbase el nombre al escuchar fulgente
 el infiel, y del miedo está amarillo;
 mas cela el susto y dícele insolente:
 «¿Vienes, triste, á morir á este castillo?
 Mi espada va á postrar tu altiva frente
 y á cortar tu cabeza mi cuchillo,
 y si otro del que suelo hoy no me torno,
 del muro de Solima será adorno.»

XXXVI

Así dice el pagano, y porque el día
pasó y la sombra los espacios llena,
tanta lámpara en torno aparecía,
que es ya la noche fúlgida y serena.
Cual teatro el castillo relucía
que ofrece en regia pompa augusta escena,
y Armida en lo más alto está sentada,
y oye y mira de allí sin ser mirada.

XXXVII

El héroe de la Cruz el riesgo afronta,
preparándose en tanto á la refriega,
y del corcel cansado se desmonta,
á pie mirando que el contrario llega:
viene en acto de herir; la espada apronta,
el escudo adelanta, el cuerpo pliega.
Con torvos ojos, con feroz denuedo
á encontrarse con él sale Tancredo.

XXXVIII

Aquél, guardado por sus armas, gira
en larga vuelta y golpes mil figura;
éste, que enferma su persona aun mira,
va resuelto, y estréchale y apura;
y cuando atrás Rambaldo se retira,
velocísimamente él se apresura,
y le alcanza, y el fierro por delante
de los ojos le pone fulminante.

XXXIX

Ya do más peligroso considera,
herir pretende con ardor extraño,
á la embestida la amenaza fiera
acompañando y al terror el daño.
La planta aquí y allí mueve ligera
y huye el Gascón el cuerpo con engaño,
ó con la espada intenta y el escudo
parar los golpes del rival sañado.

XL

Pero no en protegerse es tan ligero
como el otro en la ofensa temerario.
Roto el escudo y el morrión no entero,
horadado el arnés con golpe vario,
aun no dió tajo ni revés su acero
que mucho ó poco hiriese á su contrario.
Tiembla y en su alma atónita ya siente
de conciencia y amor la lucha ardiente.

XLI

Decide al fin con despechada guerra
poner á prueba la postrer fortuna.
Tira el escudo y de mandoble aferra
la espada, que de sangre aun tiene ayuna;
con el fatal contrario embiste y cierra,
y tal golpe le cala, que ninguna
pieza de armas resiste, y dolorida
en el muslo siniestro le hace herida.

XLII

Otro luego en la frente le sacude,
con que el yelmo retumba en són de esquila.
No hiende el fierro, no; mas le percude
tanto, que el cuerpo trémulo vacila.
No es mucho que Tancredo el rostro mude,
trocada en ascua la veloz pupila,
y arroje ya por la celada ardientes
llamas, y se oigan recruijir sus dientes.

XLIII

El renegado infame no sostiene
aspecto tal ni tan feroz despecho:
siente silbar la espada, y que la tiene
juzga en las venas y en mitad del pecho.
Huye el golpe, y el golpe á caer viene
sobre un pilar, del puente á breve trecho.
Entre chispas la piedra al alto vuela,
y el alma del traidor el susto hiela.

XLIV

Aquí al puente se acoge fugitivo
y con su oprobio la salud redime.
Tancredo le va en pos: su vengativo
brazo extiende sobre él, su pie le oprime;
mas de pronto (al fugaz socorro activo)
se apaga toda antorcha, el aire gime,
y á la lóbrega noche estrella alguna
no le queda ni luz de opaca luna.

XLV

No persigue al vencido el ya triunfante
del encanto y la noche en la espesura,
ni nada en torno ve cerca ó distante,
y se mueve con planta mal segura.
De una entrada el dintel su paso errante
toca, sin percibirlo, á la ventura,
y cerrarse detrás siente la puerta,
que en cárcel le sepulta honda y desierta.

XLVI

Como el pez, donde forma pantanosa
la Comaquia laguna el Adrio seno,
se sustrae al furor de ola impetuosa,
un asilo buscando más sereno,
y él mismo en la prisión se mete odiosa,
sin poder ya salir del torpe cieno;
que siempre ¡oh gran prodigio! está la entrada
al entrar libre y al salir cerrada.

XLVII

También Tancredo así (cualquier que sea
del obscuro lugar la traza y arte)
entra afanoso; mas después flaquea
en la prisión de donde nadie parte.
Él la gran puerta intrépido cimbreo
con robusto poder que envidia Marte,
cuando esta voz le llega: «En vano opones,
siervo de Armida, el brazo á sus prisiones,

XLVIII

»Eterno aquí, sin alcanzar la muerte,
vivo en la tumba arrastrarás los años.»
No responde, mas turba al héroe fuerte
en el alma el temor de tantos daños,
y á su pasión acusa y á la suerte,
y maldice los mágicos engaños,
y entre sí dice luego: «Al alma mía
la pérdida del sol corta sería.

XLIX

»Mas de otro sol mejor la vista amena
¡ay, yo pierdo, infeliz!, y nunca acaso
á lugar do su rostro más serena
me torne el alma volveré ya el paso.»
Luego á Argante recurda, y más se apena,
y prorrumpe: «Falté de sobra ¡ay laso!
y que me ultraje el bárbaro á su gusto
y que me insulte y me escarnezca es justo.»

L

Mientras amor y honor con doble juego
así están de Tancredo en asechanza,
el indómito Argante á hallar sosiego
sobre las blandas plumas ya no alcanza,
y odia tanto la paz, y ardor tan ciego
de estragos tiene y gloria y alabanza,
que aun sangran sus heridas, y ya ansía
ver la aurora brillar del sexto día.

LI

La noche que precede, el Circasiano
dobla para dormir la frente apenas,
y está ya en pie cuando el albor temprano
aun no ilumina el borde á las almenas;
las armas pide á su escudero ufano,
que las ya prevenidas de oro llenas,
dón precioso del Rey, hora le apaña;
no las que de común lleva á campaña.

LII

Ni de su gran primor se maravilla,
ni es con su peso la persona onusta,
y se ciñe la solita cuchilla,
que de temple es finísima, y vetusta.
Cual con las crines sanguinosas brilla
cometa horrendo que á la tierra asusta,
malos trayendo, imperios desquiciando,
y á los reyes inicuos espantando;

LIII

Así es Argante en armas; de esa suerte
los torvos ojos y sangrientos gira.
Infunde su semblante horror de muerte;
daño, amenaza su ademán respira;
ni pecho puede haber tan quieto y fuerte,
que soporte las ascuas con que mira.
Desnudo tiene el fierro y le blande
y al viento da, gritando á la pelea.

LIV

«Pronto, dice, el que á mi quiere igualarse,
vil robador, y audacia tanta muestra,
entre la sangre y polvo á revolcarse
vendrá rendido en la marcial palestra;
vivo aún, de sus armas despojarse
verá (¡mengua á su Cristo!) por mi diestra,
y aunque el perdón me pida de sus yerros,
daré su cuerpo á los voraces perros.»

LV

Cual fiera del rebaño turbulento
á quien celo de amor punzante irrita,
muge feroz y entre mojado aliento
llamas de fuego sin cesar vomita:
ya el cuerno á un tronco aguza; luego al viento
hiere y parece que á lidiar le incita;
la tierra escarba y desde lejos brama,
y al rival al combate horrendo llama.

LVI

Así encendido á Polidoro Argante
con acento le impone bronco y fiero:
«Ve al campo, y de Jesús al arrogante
campeón le anuncia el batallar postrero.»
Luego á caballo salta, y por delante
hace llevarse á Otón su prisionero.
Sale de la ciudad, y arrebatado
en carrera veloz monta al collado.

LVII

Toca el cuerno marcial, y por do quiera
retumba en torno su hórrido sonido,
que cual si trueno de borrasca fuera,
de todos hiere el alma y el oído.
De los príncipes ya la corte entera
en la tienda mayor se ha recogido.
Retó el heraldo, y si el primero aplaza
á Tancredo, los otros no rechaza.

LVIII

Gira en torno Gofredo grave y tarda
su vista, do el temor, la duda impresa;
ni porque mucho mira y mucho aguarda
apto ve alguno á tan insigne empresa.
Le falta de su grey la flor gallarda;
de Tancredo el destino aun no se expresa;
lejos Boemundo está, y en negro bando
inscrito el héroe que mató á Gernando.

LIX

Sobre los diez que designó la suerte,
los mejores del campo y más famosos
seguir á Armida en el silencio inerte
de la noche buscaron presurosos,
y los de ánimo y brazo menos fuerte
callados hoy se están y vergonzosos;
que no hay ninguno en quien amor de gloria
borre del alto riesgo la memoria.

LX

En el silencio, en la actitud sombría,
Bullón conoce el mal que los azora,
y ardiendo en generosa bazarria
de repente en su puesto se incorpora,
y exclama: «¡Indigno de vivir sería
si mi vida exponer dudase ahora,
dejando que un pagano torpemente
manche el honor de la cristiana gente!

LXI

»En paz mi campo sea y de segura
parte contemple ocioso el riesgo mío.
¡Ea, mis armas pronto!» Y con-presura
le trae su paje el bélico atavío.
Aquí el buen viejo que en edad madura
junta al grande saber heroico brío;
Raimundo, al que en espíritu no alcanza
la juventud presente, en medio avanza.

LXII

Y le dice á Bullón: «¡Ah! no el imperio
de esa suerte se arriesga en tu persona.
No es de simple adalid tu ministerio,
y aquí tu vida la del campo abona.
Tú vengar de la Cruz el vituperio
debes, dando á la fe nueva corona.
Dios te da el cetro y la invención y el arte,
y arrojo y fuerza en los demás reparte.

LXIII

»Si otros repugnan la marcial fatiga,
yo nunca el riesgo ni el trabajo excuso,
y aunque á corva actitud la edad me obliga,
combatir con Argante no rehusó.
¡Oh si hora fuese en la estación amiga
cual sois vosotros, que en temor profuso
así estáis, sin que os mueva enojo ó saña
contra el infiel que aturde la campaña!

LXIV

»¡Si fuera como fui cuando, á despecho
de la Germania toda, en la gran corte
del segundo Conrado abribe el pecho
á aquel Leopoldo de gigante porte!
Y más grande y glorioso fué tal hecho,
que si hora inerme y solo una cohorte
venciera alguno de la innoble turba
que la corriente del Jordán perturba.

LXV

»Si tal fuera, del impio que provoca,
ya el soberbio furor domado habría;
mas quien quiera que hoy sea, no se apoca
el ardor de este viejo y la hidalgua,
y si en el campo sucumbir me toca,
cara al infiel será la muerte mía.
¡Mis armas! Esta luz con nuevo lustre
los hechos todos de mi vida ilustre.»